

# RETORNO A UNA IMAGEN VELADA

Las horas previas a la noche del 19 de julio pasado se pueden contar entre las peores que he pasado en mi vida en lo que a dolores físicos se refiere. Reconozco que aunque suelo permanecer sereno y fuerte en la previsión de problemas y contrariedades de otro orden (y conservo, casi siempre, la serenidad y la fortaleza cuando, de hecho, se presentan), soy temeroso ante la amenaza del dolor corporal. Sin embargo, a Dios gracias, hasta ahora, cuando ha llegado su zarpazo, resisto y soy capaz hasta de mantener el humor. Con relación a la muerte -a la que he visto cerca en algunas ocasiones- mi problema no reside en "estar muerto", pues sé que viviré junto a Dios, mi Padre, Amor y Verdad, para siempre. Mi problema está en el tránsito, en "morirme", por los dolores físicos personales que pueden acompañarlo y por las molestias y dificultades que podría causar a otras personas. Las muertes ajenas, sobre todo las muertes de las personas que quiero mucho o cuya utilidad en su familia o en su entorno social valoro y el dolor de otros ante la muerte de personas que ellos echarán de menos, son realidades a las que, afortunadamente, no me habitúo. Mi corazón sigue siendo de carne fresca, no de mármol. ¡Diversas formas que adquieren la serenidad y la fortaleza en la condición humana ante las diversas formas del dolor, de la contrariedad, de las carencias!

Después del paseo por todas las torturas exquisitas que, realizadas por médicos, cambian de identidad y se llaman "investigaciones", me encaminaron rápidamente al quirófano. Había que proceder sin dilaciones; en una de las salas de tormento escuché a un médico decir a otro, como en un susurro que, creyó él, no estaba al alcance de mis oídos: "Hay que intervenir enseguida; después de tres horas yo no respondo de lo que pueda suceder." Cuando me iban a introducir en el salón del enigma, del que nadie sabe cómo va a salir (y así siquiera puede saber si va a salir como "persona" o como cadáver que es casi una "cosa"; lo libra de este nombre común el hecho de haber sido templo del Espíritu), le pedi la bendición al Arzobispo y le dije: "Yo espero que todo pase bien, pero si sucediera otra cosa, quiero que sepas y hagas saber, simplemente, que he sido un hombre muy feliz". Y es que, realmente, lo he sido y, durante los últimos años, la convivencia con el Arzobispo y su familia ha proporcionado nuevas y aromatizantes sazones.

Ya en la mesa de operaciones, atado y viendo en torno un pequeño ejército de seres enmascarados con túnicas y capuchones verdes, me sentí más "pobre" que nunca antes; casi como un tareco



Alicia Alonso junto a Youskevitch

tirado allí o como los insectos que, vivos y fijados con alfileres a una tablilla, servían para nuestros estudios de zoología en bachillerato. De mí iban a comenzar a disponer los demás, sin que yo pudiera percibir su acción: ya me estaban inyectando la primera anestesia, catapulta sutil que lanza a otro mundo del que yo no tenía experiencia previa. ¿Viaje a una noche espesa? ¿Camino por una cuerda floja, sobre un abismo desconocido?

¿Qué monstruos aguardaban mi llegada al otro lado de la alquimia adormecedora?

E inesperadamente ocurrió la maravilla. Yo era un adolescente; no podría precisar exactamente la edad, pero me situó entre 1948 y 1952, o sea, entre los doce y los dieciséis años. Estaba sentado en una butaca aterciopelada del Teatro Auditorium e iniciaba una representación del ballet *Giselle*, con Alicia Alonso -no podía ser otra-, muy joven, deslumbrante, en el papel protagónico. Los otros intérpretes no me resultan identificables tan diáfananamente pero estoy casi seguro de que Albrecht era Igor Youskevitch (¿o, André Eglevsky o Royes Fernández? No: ¡Igor!); de que Dulce Wohner bailaba el "pas de deux campesino" del Primer Acto (se trataba de la coreografía tradicional de *Giselle*, no de la reformada por Alicia posteriormente, en la que dicho "pas de deux" ha

sido sustituido, con mejor coherencia, por un "pas de dix", o sea, por una danza de grupo) y no soy capaz de identificar al partenaire de la bellísima imagen de Dulce Wohner; de que Barbara Fallis interpretaba a Mirtha, la Reina de las Willis. Figuras ya desvaídas, como las de los camafeos y las de los viejos retratos de familia que conservaban con cariño mis abuelas y que adquirían esa noche color y vida pujante, enrubándose hasta las más altas cumbres de la poesía que soñaron Heine y Gauthier y que Alicia realizó. Evoqué la función completa, desde la salida de Giselle en el Primer Acto, hasta su regreso al sepulcro y los saludos irrepetibles de Alicia al público, en la boca del escenario del Auditorium, con el marco del familiar telón rojo. Yo no me veía a mí mismo, como es de suponer, pero me sabía de pie, aplaudiendo, embriagado por ese especial delirio que, casi cincuenta años después, continúa provocándome una buena Giselle, el único personaje de ballet frente al cual -no me apena, me enorgullece constatarlo y hacerlo saber- sigo siendo un adolescente enamorado, con imágenes en transposición. Sea quien sea la bailarina -y creo haber visto a las mejores Giselle del último medio siglo-, sobre la figura real reaparece siempre el espectro luminoso de Alicia-Giselle en aquellos años. Interpretado por ella vi ese ballet por primera vez y muchas veces más desde 1948 e, inevitablemente, Alicia está asociada de manera raigal a mi "amor" en el más estricto sentido platónico (Giselle-Alicia-Imagen-Idea paradigmática de la mujer, de la imantación femenina y del amor que, en su esencia, es confianza, entrega, donación al "otro").

Llegado el momento preciso, me obligaron a "regresar" de ese viaje delicioso, para encontrarme, no en la platea inolvidable del Auditorium, sino en una sala fría, recubierta por mosaicos verdes. A mi lado no encontré ni al espectro etéreo, de rosa y de lirio, ni al público estremecido, sino a una de aquellas creaturas enmascaradas, también verde, que me habían despedido en la estación inicial del viaje por el tiempo, algo más de una hora antes. "¿En dónde estoy?", fue mi pregunta primera. ¡Tan seguro me sentía de que finalizaba la función de Giselle! Pero el color clorofila y el ambiente del lugar y el ser a mi lado, clorofilico también, no me relacionaban con aquel momento supremo. Tampoco yo era el adolescente "enamorado", con los ojos húmedos aún por el drama de la relación entre Giselle y Albrecht y por la emoción estética, sino que había vuelto a mi condición de anciano incipiente, acostado ahora en una camilla tiesa, con la pesantez del sueño oprimiéndome los párpados y el malestar deambulando por mi vientre trajinado. "Ya vuelve usted de la anestesia... está en la sala de recuperación... trate de mantenerse despierto... respire profundamente..." me repetía afectuosamente la creatura clorofilica sentada a mi lado. ¿Mantenerme despierto? ¿Acaso no lo estaba durante aquella evocación de una Giselle que mi memoria archivó y que el estímulo de las drogas anestésicas trajo a mi consciencia, aparentemente adormecida y "ausente", mientras los médicos y enfermeras hacían con mi cuerpo insensible todo lo que debían hacer? ¿Evoqué, en realidad, una función de Giselle, o, más bien una superposición de varias funciones que tuvieron lugar en una misma época y quedaron archivadas en mi mundo interior, con relación de indisolubles imbricaciones? Habría que revisar los archivos del Ballet Nacional (entonces "Ballet Alicia Alonso") para verificar si hubo alguna representación

de Giselle, con tal elenco, entre 1948 y 1952 aproximadamente. **En todo caso, de lo que sí estoy seguro es de que no se trató de un "sueño", según la acepción natural del término, sino del regreso a una realidad y a su imagen, revitalizados felizmente durante mi estancia en el quirófano del Hospital Hermanos Ameijeiras.**

Desde ese día me resulta mucho más fácil reconstruir con la visión interna la inefable creación juvenil, encantadora -generadora de encantamiento -que hizo Alicia de ese personaje: la carnalidad frágil del Primer Acto y la incorporeidad amorosa y atenta del Segundo, la expresión del rostro, adecuada a cada momento de la acción dramática, el gesto de los brazos con todos los matices posibles hasta en las tenues articulaciones de las manos y las piernas aligeras que, en el Segundo Acto, parecen no tocar el suelo nuestro para elevar el cuerpo ingravido y arrastrarnos con él por encima de las miserias cotidianas.

He narrado después, a psicólogos y médicos amigos, la sorprendente maravilla de mi experiencia quirúrgica y les he preguntado si mi interpretación de la misma es válida o si me engaño con una quimera atractiva. Todos coinciden en afirmar que puede tratarse de una experiencia, científicamente explicable. Parece que hay drogas -y los psicólogos y psiquiatras suelen usarlas- que refrescan la memoria diluida. En mi caso, pues, al parecer, no "soñé" con Giselle sino que vi por evocación una función (o, quizás, una síntesis de varias) en la que estuve presente y que, de tal manera me impresionó, que quedó grabada en esa espléndida computadora que es nuestro cerebro y, con el estímulo de alguna de las alquimias utilizadas para anestesiarme, apareció en pantalla.

Por otra parte, hubo una conexión previa que posiblemente, operó como detonante del mecanismo de encantamiento. Minutos antes de entrar en el salón de operaciones, revisé en mi agenda los compromisos inmediatos, para pedir a una de las Hermanas que colabora en el Arzobispado que los cancelara ante la imprevista y urgente operación. El primero era una cena, al día siguiente de la operación, cuyo centro era, precisamente, Alicia Alonso quien, pocos días después, debía viajar a Italia a recibir un premio de altos kilates. Marché, pues, al quirófano con el lamento interior de no poder participar en ese encuentro de amigos en torno a Alicia, cuyo talento mesmerizante nos ha reunido en amistad fraterna entretejida hoy por múltiples lazos, pero cuyo nudo original fue la admiración común y el afecto personal a quien, según frase acertada de Fernando Emery, "nació para que Giselle no muera". Esa noche del 19 de julio, en el duermevela quirúrgico, Alicia emergió con su acerado magnetismo en ristre y yo, trémulo, corri gozoso al encuentro de la imagen rediviva.

La Habana, 13 de agosto de 1994.